

## Génesis del Hospital Privado de Córdoba

Dr. Alberto Chattás \*

Este Centro Médico nació  
de un sueño y una esperanza

Su historia es la historia de la atención médica del país, en sus aspectos asistenciales, científicos, éticos y de investigación.

Los que velaron sus sueños y sus difíciles etapas iniciales no fueron médicos unidos por una logia, una religión o lucros personales.

Entre 1935 y 1945 los jóvenes más entusiasmados, se aglutinaron en aquellas cátedras médicas de nuestra Universidad donde sus maestros cubrían sus esperanzas, como Oscar Orias, Gumersindo Sayago y Juan Martín Allende.

Están los nombres de esos pioneros de la comisión inicial del Hospital. Los balances de esta casa, muestran a las claras que sus acciones son un símbolo y la generosidad de sus poseedores afirma lo que dije, que quisimos algo distinto para nuestra vocación y la de aquellos que quisieran seguirnos.

Todo fue pensado, discutido y elaborado. Dos de nosotros habíamos trabajado en la Clínica de los Hermanos Mayo, en Rochester Minnesota de los EE.UU., que fue pionera en esa excelencia, en la atención médica privada y formación de egresados en las distintas disciplinas; allí se formó C.G. Nuñez como excelente gastroenterólogo y yo pude conocer los aspectos básicos de la Clínica Mayo.

En 1938 perfeccioné mis conocimientos de Pediatría y en Tisiología de Niños con los Maestros H. Helmholtz y J.A. Myers. En 1947, como paciente fui sometido a tres intervenciones por un riñón en herradura, con litiasis múltiple infectada. Dos meses internado en el St. Mary Hospital, pude valorar las dos actividades de la Clínica bien de cerca.

Núñez y yo detallamos nuestras vivencias y todos se convencieron que nuestra intención era intentar de entrada, repetir esa experiencia aquí, con full time de todos, con excepción de los profesores, que desde 1955 fueron reincorporados a la docencia.

Otto Stiefel descubrió el terreno y los planos fueron por un concurso privado entre arquitectos con experiencia, de Bs. As. y Córdoba. Mientras en las 5 hectáreas compradas se ponían los cimientos, se donó una fracción para la investigación básica, la parte más romántica de nuestros propósitos. Y allí funcionó antes que terminara el Hospital, el Instituto "Mercedes y Martín Ferreyra", que es autónomo, cuidado por nuestra misma gente, que trató de salir pronto de la casona del barrio General Paz, donde trabajaron los seguidores de Oscar Orias, hasta su muerte prematura. Era como un hijo, al que queríamos independiente, con vuelo propio, pero cerca.

Antes, otros nos refugiamos en otra casona de la calle Santa Rosa, frente a la Plaza Colón, para seguir atendiendo los enfermos de pulmón y muchos fuimos recibidos en el Hospital Español que dirigía J.M. Allende.

No consiguieron desparramar a los que seguimos a nuestros maestros, expulsados por unirse a otros argentinos, pidiendo a los que dirigían el país "Democracia Efectiva y Solidaridad Continental" y ellos querían, por razones fáciles de entender, mostrar una pseudo o cómplice neutralidad, mientras el Eje invadía Europa. En 1943 quedaron afuera nuestros jefes, y nuestras renuncias por solidaridad, fueron rechazadas y nosotros "exonerados".

Pero el GOU (Grupo de Oficiales Unidos) de formación prusiana pudo más y el Gobierno de uno de ellos, elegido por votación nacional, tuvo la mala idea de pedir la afiliación al partido del poder de los mismos protagonistas y otra vez volvimos a la calle, siempre buscando hacer, en libertad lo que sabíamos y queríamos.

Y comprendimos lo que queríamos: algo in-

*Discurso pronunciado en el acto de conmemoración del 40º Aniversario del Hospital Privado.*

---

dependiente sin espíritu de lucro, con excelencia médica, con dedicación exclusiva y que formara jóvenes con la misma vocación. Eramos 15 a 20; se unieron muchos más hasta completar 90 y la idea ya no se detuvo.

Las comisiones fueron integradas por personas con distintos temperamentos, pero unidas por un objetivo común: la pasión, el desinterés y la dedicación.

El Dr. Severo Amuchástegui fue el Presidente de la Comisión Inicial y Organizadora y yo fui Secretario.

Aprobada la Sociedad Anónima, fueron elegidos: Agustín Caeiro como Presidente, Amuchástegui como Vice, Calixto Núñez como Secretario y yo como Tesorero.

Ese comité ejecutivo, funcionó desde 1948 hasta varios años después de inaugurar este Hospital. Integraban la Comisión Directiva, Otto Stiefel, Andrés Degoy, Tomás de Villafañe Lastra, Escarguel Malbrán y otros que escapan a mi memoria, pero figuran en nuestros libros, trabajaron sin pausa, pero con prisa siempre; no querían que el sueño se dispare, pero sí, salir de ese ostracismo en nuestro propio país, que es el peor de los ostracismos.

Sería largo y aburrido relatar detalles para los jóvenes que me escuchan y no vivieron esos años. Había que buscar recursos, porque no bastaban nuestros ahorros; en plena era de "Alpargatas, sí, libros no", ninguno de nosotros era financista y poner los ladrillos y el cemento de la obra no era fácil; mucha gente solidaria y pacientes nuestros, compraron las acciones de la Sociedad Anónima, más como apoyo que como inversión.

Tres años en mi consultorio de la calle 27 de Abril y dos años en el de Andrés Degoy en la Avda. Colón, funcionó la Secretaría y Comisión Directiva del Hospital. Muchos viajes a Bs. As. de Los 3 Mosqueteros, que eramos 4, como los de la ficción de Alejandro Dumas: Caeiro, Amuchástegui, Núñez y yo. Nuestras reuniones en el Hotel Continental de Bs. As. preparando las estrategias para obtener recursos y a

quienes ver, fueron de antología, sin testigos ni actas, pero cada uno, desde la mañana hasta la noche, impacientes, vehementes, sin descanso, trabajábamos hasta tener respuestas que calmaran las impacencias de la Empresa Benito Roggio, que hacia la obra y nos bancaba nuestros deficits.

Santiago Sánchez Elia de la firma ganadora, se nos unía cada quincena, para vigilar la obra y escuchar las modificaciones que queríamos. Nos ayudó hasta su muerte prematura, el Arquitecto Moyano Navarro. Nuestros hijos venían y jugaban entre el andamiaje y así terminaron las obras y nuestros recursos. Plantamos árboles, marcamos senderos y pusimos las camas. Pensar solamente, no bastaba. Necesitábamos un experto que nos iluminara, empujara y la providencia lo trajo.

Asistía en Lima a un Congreso Panamericano de Pediatría. El Presidente Leguía nos homenajeó y en un aparte le pedí que nos contactara con el hombre que dirigía el Hospital Obrero de esa ciudad, el más nuevo y el de mayor capacidad. Y así aparecí en el Aeropuerto de Córdoba, con el Dr. Phillips.

Todos esperaban, por el apellido y sus antecedentes, un sajón rubio y alto, pero bajé del brazo de un típico peruano, con genes aborígenes y con chispa inolvidable. El nos reunió y nos puso contra la pared; había que inaugurarlo antes del mes, y todos, con la familia y los amigos, trabajamos, hasta que llegó la fecha que conmemoramos.

Todos trajimos los muebles de nuestros consultorios para vestir el Hospital donde atendíamos. Libros y revistas nuestras iniciaron la biblioteca. Radiólogos, laboratoristas, trajeron lo suyo. Los cirujanos, sus cajas, los dentistas, sus equipos y así, todos aportaron lo necesario. Pero, lo más importante: dieron su fuerte convicción y su entusiasmo. Fernández Vocos, Yofre, Langer, Osacar, Albarenque, Brusco, Sanguinentti, Babini, Moro, Palazzo, Massa, Loredó, los dentistas, liderados por García Faure y Corominas Villafañe y muchos que puedo involuntariamente no recordar.

Entre nosotros discutíamos, nos dábamos ór-

---

denes, pero obedecíamos, si el objetivo era sensato. Llevaba el Hospital dos meses, con los problemas iniciales lógicos y un día me dicen: "Ocuparás la dirección y te ayudaremos" y como todos eramos responsables acepté, pese a que mi Cátedra me exigía mucho en su reorganización. No era fácil aceptar, y me quedé, hasta encontrar, un año después, quién estuviera capacitado para dirigir ese Hospital.

Y aquí están Uds. con el espíritu de los seguidores, cumpliendo con las etapas, tan variadas, como las leyes, el progreso médico, o las exigencias sociales que nos imponen. Las enseñanzas e investigaciones, exigen mejorar al paciente, y capacitar más al joven que se acerca a esta casa.

Estos sueños se van cumpliendo y cuando leí el editorial último de la excelente revista que se publica aquí, vi que está en los planes para dentro de una década, lo que nosotros pensamos que debía realizarse; hacer una Escuela Médica de excelencia.

Al cumplir este Hospital el primer año, me tocó dirigir unas palabras como director, en la cena, con asistencia de todos los que colaboraban en la tarea diaria.

Entonces dije: "Al cumplir este Hospital, sus Bodas de Plata o de Oro, albergará trabajando, a hijos y nietos de fundadores, vendrán enfermos de todas partes, inclusive algunos traídos por helicópteros y podremos ver cumplidas, no nuestras esperanzas, sino las de los enfermos, de los alumnos, de los residentes, de los que publican lo que se hace aquí y los que saben del progreso médico". Esto parecía una afiebrada profecía, pero están ahora a la vista los hechos.

Les agradezco la invitación de acompañarlos en este aniversario, estar con Uds. y especialmente con los jóvenes que tomaron nuestras banderas y tienen como propios, nuestros sueños y esperanzas iniciales.

Estar aquí es para mí un privilegio y es el mejor estímulo intelectual que hoy recibo en el otoño de mi vida.

Una de las respuestas a ese estímulo que me llega de Uds. es decir a los jóvenes que deben defenderse de la tentación de la tarea fácil. Lo difícil es el

mejor desafío, como fué para los que trabajaron en la labor inicial, sin temores, hasta que se cumpliera lo que parecía una quimera, no para nosotros, sino para los de afuera. No estábamos solos, muchos nos creían líricos; otros como me decía con afecto Agustín: "El Insano". Entre todos formamos un equipo "delirante" que trabajó en este proyecto y en otros que iban apareciendo, pero la camaradería y el respeto mutuo nos condujo a los mejores resultados.